

A photograph of a man and a woman kissing on a staircase. The man is wearing a white shirt and dark pants, and the woman is wearing a dark top and patterned pants. They are standing on a blue carpeted staircase with wooden railings. The background is a bright, slightly blurred outdoor scene.

HISTORIAS DE MUJERES CASADAS CRISTINA CAMPOS

FINALISTA PREMIO PLANETA 2022



Cristina Campos



Historias de mujeres casadas

Finalista Premio Planeta
2022

Estoy desnuda. Tumbada sobre el pecho de mi amante. Tumbada sobre el pecho del hombre al que amo. Entrelazo mis piernas con las tuyas, mientras él, con sus manos acogedoras y fuertes, me acaricia el cabello.

Hoy ha sido él quien me ha hecho, lentamente, el amor. A veces soy yo. Casi siempre somos los dos.

El silencio entre nosotros es denso. Denso y profundo. Los dos sabemos que esta historia se acaba. Este amor prohibido que llevamos sintiendo todo el año el uno por el otro llega a su fin. Ha sido un año intenso. Lleno de vida. Lleno de sexo. De amor. De ternura. De caricias. Sobre todo, un año lleno de inconsciencia. Trescientos sesenta y cinco días son muchos. Demasiados días amándonos a escondidas.

Podríamos seguir como estamos. Yo engañando a mi marido y Pablo engañando a su mujer. Eso es lo que Pablo quiere. Él puede amar a dos mujeres a la vez, pero yo no sé. No sé amar a dos hombres a la vez. Quizá es que no he sabido separar el sexo del amor, el sexo del sentimiento.

—¿Qué te hace sufrir tanto, Gabriela? ¿No poder vivir conmigo? —Pablo espera unos segundos antes de continuar—: ¿Estás segura de que quieres romper tu familia por mí? ¿Que yo rompa la mía?

Lo escucho en silencio porque realmente no sé lo que quiero.

—Tú quieres a tu marido. Yo estoy bien con mi mujer.

Sé que no me dice «yo quiero a mi mujer» para no herirme. Lo sé. Cada vez que lo escucho hablar de su mujer, se me rompe un pedacito del alma. Creo que Pablo no se da cuenta de la carga dramática que tiene en mi vida cada frase que pronuncia.

—¿Quieres dejar de ver a tu hijo quince días al mes? ¿Que esté quince días con su padre y quince días conmigo? ¿Y tú cuidar de mis hijas? ¿De verdad quieres eso?

No respondo a esa pregunta. Pablo sabe cuánto me duele todo y me acaricia el cabello.

—Gabi, además, si hago lo que me pides..., me convertiré en lo que ya tienes.

Repito su frase en mi mente: «Me convertiré en lo que ya tienes».

—Dentro de un año dejarás de desearme y nada será igual.

Lo escucho, pero no veo posible que el deseo que siento por él, por Pablo, por mi amante, se acabe nunca. Porque lo deseo tanto... Tanto... A mis cuarenta y cinco años, no entiendo cómo puede sentirse con tanta intensidad. No entiendo la fuerza de mi deseo, porque no recuerdo haberlo sentido así antes. O quizá sí. Quizá lo sentí con mi marido, pero hace mucho tiempo. Hace demasiado tiempo. No recuerdo si llevamos casados diecinueve años o veinte, porque mi vida está unida a un hombre al que quiero como compañero, como padre de mi hijo, como mi amigo, como mi mejor amigo. Un hombre al que quiero profundamente, pero al que no amo. Al que no deseo.

A veces, en soledad, pienso en este sentimiento tan hondo que ha vuelto a mí y no encuentro otra palabra mejor que la de *renacer*. Quizá *resurgir*. Resucitar.

En la intimidad, a veces, repito bajito esas cinco letras: D-E-S-E-O.

Porque el deseo rompió mi vida serena. Mi vida dulce y plácida junto a mi marido. El deseo rompió mi estabilidad emocional. El deseo me traicionó. A menudo me pregunto por qué. ¿Por qué lo hice? Y me contesto a mí misma algo muy simple: la sed de aventura. Sí. La sed de aventura pudo conmigo. Veinte años de matrimonio. Todo era una serena estabilidad.

Empezó como un juego divertido donde entregué mi cuerpo y me convencí a mí misma de que solo entregaría mi cuerpo. No tardé más de un mes en entregar mi alma.

—Gabi, ¿de verdad quieres romper tu matrimonio por mí? —me lo vuelve a preguntar.

Siempre tardo en responder a sus directas preguntas.

—No lo sé. No sé qué contestarte. Pero no puedo vivir así. No puedo. Yo no soy así. Llevo intentándolo desde el primer día que entré en esta buhardilla. A veces... —y espero unos segundos antes de continuar—, a veces pienso que nunca tendría que haber entrado.

Sé que a Pablo le duelen mis palabras. Porque, a pesar de que soy su amante y no su mujer, Pablo me quiere.

Dirijo la mirada al umbral de la puerta, recordando el primer día que lo crucé. Que crucé la puerta de su estudio. De su buhardilla. Donde él escribe cada día. Una buhardilla abarrotada de libros desordenados y discos de jazz. Donde nos escondemos. Donde nos amamos, en secreto. Donde yo soy infiel a mi marido, y él es infiel a su mujer.

Pude pararlo, pero no quise. Soy la única culpable de este tsunami de sentimientos que me invaden la vida.

—Mírame, Pablo —le pido.

Soy una mujer delgada. Todas las mujeres de mi familia lo han sido. Lo son. Y he perdido tres kilos desde que lo conozco. Para muchas mujeres es una cifra insignificante; para mi cuerpo es demasiado.

—Estás preciosa —me contesta sincero.

Porque siempre me ve preciosa.

Los jueves, el día de la semana que compartimos, siempre me siento una mujer amada. Profundamente amada. Me ama más que a su mujer. Mucho más que a su mujer. A su mujer la quiere. La quiere mucho. Creo que es sincero cuando me lo dice. Podría no serlo, pero le creo porque entiendo sus palabras. Yo siento el mismo amor hacia mi marido. Hacia el hombre con el que llevo caminando por la vida desde hace veinte años.

—Eres preciosa —me repite.

Sonrío agradecida y vuelvo mi mirada hacia él. Lo observo: su rostro curtido deja ver el paso del tiempo. Es un tipo interesante y carismático, pese a su personalidad introvertida. Pablo es tímido, tan tímido como mi marido. Me gustan los hombres tímidos. Mi padre también lo era. A veces intento distanciarme de estos sentimientos que nublan mi vida, y en mi mente los observo a los dos: a mi marido y a mi amante. Se parecen; mi marido y mi amante se parecen. En lo psíquico más que en lo físico. A veces los siento iguales. Pero a uno lo deseo y al otro no.

Deslizo la mano hacia el rostro de Pablo. Le acaricio la barba, que tiene cada vez más llenita de canas, que no le gusta afeitarse y con la que juego, siempre, cuando hacemos el amor. Tiene cincuenta y cinco años, y a veces, a pesar de que soy diez años más joven que él, pienso, insegura, que podría estar con una treintañera. Una mujer más joven que yo, con la piel tersa y el pecho firme. Una mujer más libre.

Soy una mujer madura que ha aceptado el paso del tiempo en el cuerpo. A veces, es cierto, con pena, viendo mis pequeños senos caerse. Viendo mis arruguitas en los ojos.

Pienso que Pablo podría estar con una mujer más jo-

ven, porque Pablo, además de ser un tipo encantador, es un escritor conocido. Muy conocido. Y ahí entra la erótica del poder. Viaja por el mundo con sus novelas, y los medios de comunicación del país se pelean por entrevistarlos. Sus presentaciones ya no se hacen en librerías: hace unos años su editorial decidió presentarlas en el Círculo de Bellas Artes y en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona. Cuando firma en la Feria del Libro de Madrid, se colocan vallas para que sus lectores no invadan el paseo del Retiro. Y sí, es cierto que alguna veinteañera y muchas treintañeras se le insinúan, sobre todo en los días posteriores al lanzamiento de sus novelas. Claro que existe la erótica del poder. Y la erótica de la fama. Él lo sabe. Es un tipo inteligente. Muy inteligente. Pero a Pablo le interesan más las mentes que los cuerpos, y sé que ama mi mente. Lo complementa. Lo estimula. Es generoso con sus palabras para conmigo y cuando me leo sus manuscritos y le cambio palabras, adjetivos, adverbios y comas. Le tacho escenas enteras o le solapo personajes. Reescribe tras besarme en los labios y darme, siempre, las gracias. Pablo siempre me brinda la seguridad que yo —aun abrazada y desnuda, tumbada sobre su pecho— no siento.

«Quiero estar contigo toda la vida, Gabi. Todo lo que nos queda de vida.»

Estas palabras me las dijo, bajito, hace unos meses, mientras se hundía en mí. Le respondí que yo quería más, que quería dormir a su lado cada noche.

A mis palabras, él ya no respondió.

Pierdo la mirada por la buhardilla.

—Pablo, en casa se dan cuenta de que me pasa algo —le digo—. No sé cuánto tiempo más voy a poder aguantar... —detengo mis palabras, porque me cuesta verbalizar ese sustantivo femenino cuya sonoridad rechazo, y sigo— esta mentira.

Hurgo en su mirada. Espero una respuesta que sé que no va a llegar, porque ya lo hemos hablado. Él siempre ha sido sincero conmigo. Siempre. Y mientras espero la respuesta que no llega, mis ojos se humedecen.

Sé que mis lágrimas lo desarman. Siempre lo desarman.

Porque Pablo me quiere. Me ama. Y detesta verme sufrir.

—Gabi, para —me dice, sutilmente autoritario. Brusco, besa la piel de mis labios—. Para, Gabi, para. Por favor.

Me abraza porque no soporta verme llorar. No lo soporta.

—Lo he pensado tanto... —le digo con voz suave—. No sé si las mujeres estamos diseñadas para llevar una doble vida.

Él no contesta y sigo:

—Te noto tan tranquilo...; unos días con tu mujer, otros conmigo. Yo no sé. No lo sé hacer. Pasar los jueves contigo y el resto de la semana con mi marido. No puedo. Llevo un año intentándolo. No tengo esa capacidad. Yo no la tengo. Quizá haya otras mujeres que sí puedan, pero yo no he conocido a ninguna... Creo que es algo masculino.

Me incorporo, me quedo sentada en la cama y cojo las braguitas negras de encaje del suelo. Las que me compro solo para él. Me las pongo. Dentro de una hora, ambos tenemos que estar cenando con nuestras respectivas familias.

—¿Hasta cuándo? —le pregunto mientras vuelvo la mirada hacia él—. ¿Hasta cuándo, Pablo?

Pablo no contesta.

Una lágrima se desliza por mi mejilla.

Pablo me atrae hacia él. Besa la lágrima mientras hunde sus manos lentamente en mi cabello.

—Para, Gabi. Para. No quiero que te vayas así.

Hunde ahora sus manos en mi sien. Acaricia la piel de mi rostro. Desliza los dedos hasta mi boca y acaricia mis labios. La piel de mis labios. Los besa con suavidad.

—¿Hasta cuándo, Pablo? Contéstame, por favor.

Y Pablo contesta lo que ya me ha contestado otras veces:

—Hasta cuando tú quieras.

Me besa de nuevo, suave. Me busca la lengua. Yo me aparto unos centímetros. Me mira. Acerca su boca a la mía. Aparto mi boca. Pero vuelve el deseo. Porque el deseo traiciona siempre a mi cuerpo. A mi mente. Hace menos de veinte minutos que hemos hecho el amor. Se ha vaciado en mí, todavía siento su semen en mi vientre. Pero, aun así, el deseo puede conmigo. Pablo lo sabe. Y, despacio, juega otra vez con mi lengua.

—Pablo, para —susurro sin querer que lo haga.

Pablo obedece. Se aleja unos escasos centímetros de mis ojos. Nos penetramos con la mirada, y Pablo siente mi deseo. Se acerca de nuevo a mí. A mis labios. Y cierro los ojos dejándole hacer. Hacer lo que él quiera.

Me acaricia mis delgados omóplatos, mis hombros, y baja lentamente hacia mi pecho. Aguarda en él. Dibuja círculos entre mis senos con las yemas de los dedos, cerrándose sin prisas hacia mis pezones. Se entretiene en uno. Luego en el otro. Mantengo los ojos cerrados, sé que observa mis pezones erguirse. Sé que observa la belleza de su amante. Esas son las palabras que utilizó en uno de sus escritos para describirme. Frases en Times New Roman y en cursiva en su ordenador. Frases inconexas, pegadas unas a otras. Palabras sueltas. Ideas que va moldeando y que leemos juntos. Tengo las últimas que escribió grabadas en mi mente. Unas palabras que dice que publicará algún día: «Adoro observar a mi amante desnuda. Ver

cómo se estremece para mí. Cómo se retuerce. Observar cómo abre las piernas y me pide que me hunda en ella».

Ahora Pablo acerca su boca a mis pezones. Lame con suavidad uno, luego el otro. Se entretiene en ellos. Los pellizca. Mi cuerpo, sutilmente, se arquea. Dándole paso. Siento sus manos deslizarse por el contorno de mi silueta. Sobre mi vientre. Sobre mi ombligo. Sobre mis muslos. Me acaricia las piernas, las ingles. Y me estremezco porque en la anticipación ocurre todo. Me noto húmeda. Noto la miel que emana de mí. Pablo ya sabe, ya siente lo excitada que estoy. Quiere que se lo pida y espera hasta que yo lo haga. Espera a que, con un sutil movimiento, abra un trocito de mis piernas y le dé paso. Hago lo que espera. Abro las piernas, y entonces Pablo desliza una mano bajo mis bragas, me acaricia el pubis y sus dedos entran en mí. Entran muy despacio en mi cuerpo, y los mueve lentamente adentro y afuera. Pablo siempre es generoso en el sexo. Le gusta verme sentir. Primero siempre yo y luego él. Juega sin prisas con las manos, mientras observa cómo me excito. Sus dedos entran y salen de mi cuerpo una y otra vez. Siento el placer derramarse, lentamente, por mi cuerpo. Y sigue jugando, esperando a que yo abra las piernas un poquito más. Las abro. Dejándole acariciar ese trocito de mi cuerpo donde se concentra todo. Todo el placer. Con el índice, suave, presiona sobre él, y yo gimo silenciosa. Presiona ahora un poco más, haciendo círculos sobre él. Aun con los ojos cerrados, sé que me observa. Noto que mi corazón se acelera. Juega un minuto. Quizá dos, tres. Cuando amas pierdes la noción del tiempo. Juega con mis dóciles suspiros. Siento que falta poco para llegar y, entonces, él acaricia con fuerza el trocito de mi mundo que anhela liberarse.

—Mírame, Gabi.

Conozco sus juegos.

—Sigue, Pablo. Por favor —pido sin abrir los ojos.

—Mírame, Gabi —me ordena con suavidad.

—Por favor, llévame ya —le ruego bajito.

—Abre los ojos, Gabriela. Ábrelos.

Lo dice autoritario, utilizando mi nombre completo, ese que solo utiliza cuando hacemos el amor o cuando yo le exijo más. Si no, me llama Gabi, ese diminutivo por el que camino por mi vida, y que utilizan las personas que me quieren.

Pablo siempre gana las batallas. Porque controla mi cuerpo. Mi sexo. Mi deseo. Pero no quiero salir de ese limbo tan dulce que me hace olvidar el mundo. Entonces Pablo, al ver que no obedezco, detiene su mano y me niega lo que anhelo.

Ahora solo puedo obedecerle. Excitada, a segundos de estallar, abro los ojos y su mirada se hunde en mí. Sus manos abandonan mi sexo y se hunden ahora en mi cabello. En mi sien. Sabe que en ese momento, en el grado de placer en el que me encuentro, podría pedirme cualquier cosa, lo que él quisiera, y yo lo haría. Porque hace mucho que me he entregado a él.

Me besa y juega con mi lengua inundando mi cuerpo de sensaciones, esperando que mi mente me lleve, poco a poco, a ese lugar que anhelo. Pero sabe que yo sola no puedo, necesito que me acaricie un poco más. Solo un poco más. Y me sumerjo en el limbo confundiendo el placer con el ansia. Quiero llegar ya, pero Pablo sigue jugando, sigue haciéndome esperar. Lame mis pezones, los pellizca, y suspiro en la dulce espera.

—Hazme llegar ya. Por favor —le suplico.

Impaciente, vuelvo el cuerpo hacia él hasta quedarme de costado y entrelazo mi pierna con la suya. La tela de mis braguitas roza su piel y deslizo mi mano hacia su sexo, porque yo también conozco su cuerpo. Conozco el cuerpo

de mi amante. El cuerpo de Pablo. Lo conozco muy bien. Noto su erección y la acaricio. Él deja que lo haga unos segundos, pero luego, con suavidad, me coge la mano y me la aparta.

—Solo tú, Gabi. Pero espera. No tengas prisa —me dice con un hilo de voz.

Yo suspiro porque no puedo más. Él lo sabe y su mano baja de nuevo lentamente por mi silueta. Recorre mis senos, mi vientre, mis ingles, el pubis. Debajo de mis bragas y otra vez sus manos llegan a mi sexo. Suspiro y me penetra con los dedos al tiempo que presiona donde se concentra todo el placer. No puedo evitar un gemido hondo. Vuelvo a suspirar. Estoy muy cerca, y Pablo lo sabe. Presiona con sus dedos. Gimo. Y, un segundo antes de que explote, para.

—Pablo —le ruego abriendo los ojos.

Pero no sigue. Acaricia mi sexo por encima de las bragas.

—Pablo, por favor —le suplico, porque mi cuerpo no lo aguanta. Creo que no lo aguanta.

—Eres tan bonita, Gabi... —Me aparta el cabello para descubrir todo mi rostro—. Tan bonita... No quiero perderte.

Sus palabras me conmueven, porque sé que son sinceras. Lo escucho, amándolo mucho más de lo que él cree. Mi cuerpo me pide liberarse. El placer me invade, al igual que la pena y el ansia. Y pienso, pero no se lo digo, le hablo con la mente: «Hoy no puedo, Pablo. No puedo jugar. Llévame ya. Acaríciame, por favor, y hazme llegar». Porque soy una mujer con el alma rota. Porque, en contra de mi voluntad, tengo que dejar de verlo. Tengo que dejar de desearlo. Tengo que acabar con esta doble vida con la que no sé lidiar.

—Sigue —le suplico, acercándome a su boca.

Me besa mientras desliza de nuevo la mano bajo mis bragas y me acaricia solo el vello del pubis. Y yo, con los ojos cerrados, pongo mi mano encima de la suya y lo acompaño otra vez hasta lo más profundo de mí. Él mueve su mano despacio adentro y afuera, dosificándome el placer.

—¿Volverás? —me pregunta con suavidad.

E inesperadamente, pero no por esa dulce tortura que supone la negación del placer, no, no por eso, sino por el ansia, por el miedo a no volver, por el miedo a no volver a verlo nunca más, porque no sé ser una mujer infiel, por esta decisión que solo va en contra de mi voluntad y que Pablo no entiende, solo por eso, inesperadamente, exploto en llanto.

Abro los ojos avergonzada, sintiéndome una niña, y veo a Pablo desconcertado ante mis lágrimas. Y lo abrazo. Lo abrazo con fuerza, porque no quiero decirle que no volveré. Tiemblo y me estremezco entre el placer inacabado y el dolor de mi alma.

—Gabi, perdóname. No llores, por favor. No quería esto... Ya voy —dice con voz suave, asustada y sincera.

Desliza la mano hacia el trocito de mi sexo donde se concentra el placer y que le espera. Que le pertenece. Presiona con los dedos haciendo círculos con fuerza. Y en segundos, por fin, abrazada a este hombre a quien tanto deseo y con miles de lágrimas en los ojos, mi cuerpo se libera. Se libera estallando en esos diez segundos de placer eterno, mientras Pablo me rodea la cintura con el brazo y, con el poder persuasivo de sus palabras, me dice al oído: «Te quiero».

*

Respiro hondo ante la puerta de mi apartamento. Me he mirado los ojos en el espejo del ascensor y casi no se

nota que he llorado. Me siento frágil, rota, exhausta. Introduzco la llave en la cerradura de la puerta. La giro. Entro.

Ya escucho a mi hijo jugar en la bañera, hacer ruidos de motores de barcos chapoteando en el agua con su lancha Playmobil. Me quito el abrigo. Lo cuelgo en el colgador de la entrada. Suspiro. Camino por el pasillo.

Me gustaría no estar ahí en esos momentos porque me pesa toda mi vida: me pesa mi marido, me pesa mi hijo. O sí. Sí me gustaría estar en mi apartamento, pero sola. Y meterme desnuda en la cama, bajo el edredón, y subir las rodillas hasta mi pecho y rodearlas con mis brazos. Acurrucarme en mí, hecha un ovillo. Sola.

Mi hijo oye mis pasos.

—¿Mamá? —le oigo decir, feliz, al otro lado de la puerta entornada del baño—. ¡Ha llegado mamá!

Apoyo la mano en ella. La abro.

Germán, mi marido, está sentado en el borde de la bañera con la camisa remangada y los pantalones de ejecutivo, jugando con él.

—¡Mamá!

Me mira siempre feliz. ¿Qué es este amor tan inmenso que sienten los niños por sus mamás? Me conmueve tanto... Me voy unas escasas cinco horas y, cuando vuelvo, este bote enorme que salió de mi vientre hace tres años me sonríe y me mira con una ilusión inmensa, como si no me hubiera visto en meses.

—¿Te bañas conmigo?

Es algo que hacemos a menudo: nos metemos en la bañera y mi marido se sienta en el borde, y mientras yo enjabono el pelo de nuestro hijo, mi marido me pasa la esponja, con delicadeza, por la espalda. Aunque hace tiempo que no lo hacemos.

—Hoy no, mi amor.

Mi hijo me mira con ojitos suplicantes.

—Va, mama. Por favor.

Y no sé decirle que no, porque se lo debo. Hasta con él he estado distante.

—Bueno, vale. Me quito la ropa y vengo.

Observo a los dos hombres de mi vida, que siempre me piden compañía. Con su silencio, Germán también me está pidiendo que me desnude y que entre en la bañera.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Supuro tristeza. Hace meses que supuro tristeza. Veinte años de matrimonio, de convivencia, ¿cómo no iba a darse cuenta? Sabe que desde hace tiempo no estoy bien, aunque yo le diga lo contrario. Sabe que algo me pasa. Seca, fría, distante: esos son los tres adjetivos que utiliza para describirme en las pocas veces que hablamos. «Me siento solo, Gabi», me dijo hace unos meses.

Le respondo a su pregunta con la respuesta de siempre:

—Sí, Germán, estoy bien. Estoy algo cansada, solo es eso.

—Va, ven —me dice cariñoso.

Y me duele cuando es cariñoso, porque no me lo merezco, y el sentimiento de culpabilidad que me invade desde hace meses me desarma. A veces preferiría que mi marido me gritara, que me gritara muy fuerte. Germán nunca levanta la voz.

Y Germán no pregunta más. Creo que no quiere saber más.

Intranquila, forzando la normalidad que no siento, camino por el pasillo hasta nuestro dormitorio. Entro. Me miro en el espejo que cuelga en la pared sobre un pequeño escritorio. La luz del ascensor engaña: tengo los ojos un poco hinchados. Intento no pensar en Pablo. Pero no puedo evitarlo.

—¡Mamá!

—Voy, mi amor.

Me descalzo. «Vete de mi cabeza, Pablo. Vete ya. Desaparece, por favor, de mi vida.» Me lo imagino cenando con su mujer y sus hijas, tranquilamente, como si nada hubiera pasado, y me duele. «Sal de mi mente. Sal ya.»

Me desabrocho la camisa. Me la quito. El sujetador. Los vaqueros. Las bragas negras de encaje que solo me pongo para él.

—¡Mamá!

Cierro los ojos. Suspiro. Me masajeo el pecho intentando calmarme, aunque sé que no lo voy a lograr. Cojo una toalla del armario y me envuelvo en ella. Salgo al pasillo. Entro en el lavabo.

Mi hijo me sonrío. Me quito la toalla quedándome desnuda frente a ellos. Germán observa mi cuerpo desnudo en silencio. No me siento bien cuando lo mira. Tengo la sensación de que sabe que otro hombre lo acaricia.

—Va, mamá, entra.

Y camino hasta la bañera. Entro y me quedo erguida. Siento el agua caliente en mis pies y, en vez de calmarme, me angustio. Un oscuro pensamiento se cruza en mi mente y el pensamiento se materializa mientras noto el semen de Pablo todavía en mi vientre. Y observo a mi hijo levantar la mirada y sonreírme y pedirme que me siente junto a él.

Quiero salir corriendo. Tengo la mente tan abotargada que no había caído en eso: siempre me ducho en la buhardilla de Pablo después de hacer el amor. Siempre. Hoy no ha dado tiempo.

Mi hijo alarga su manita hacia mi mano.

Siento cómo el esperma de Pablo baja por mi sexo.

Quiero salir. Huir. Miro hacia la puerta.

Me siento débil, me flaquean las piernas. Contraigo el sexo. Quizá sea solo el vapor del agua lo que me hace sentir tan débil. No quiero sentarme junto a él.

—Va, mamá —dice tirando dulcemente de mí.

Y sintiéndome sucia, muy sucia, me siento en el agua junto a mi hijo, mientras mi marido me acaricia, con ternura, la espalda.